

INFORMACION BIBLIOGRAFICA

Victorino Rodríguez, O. P.: TEMAS-CLAVE
DE HUMANISMO CRISTIANO (*)

El título del libro vale bien para significar la contextura del mismo y poner al lector en posesión de la clave que da sentido unitario al haz de cuestiones que en él se tratan y que, además, posibilita la perfecta inteligencia de las mismas. El humanismo cristiano está como «clave» de estos «temas-clave». En él está la instancia y la sustancia de todo lo que el libro tiene de accidental o circunstancial.

Y es que el humanismo cristiano bien entendido resume lo más medular y sustantivo de la sabiduría cristiana sobre el hombre, que no es, sin más, eso que los humanistas del Renacimiento dijeron «filosofía cristiana» o «philosophia Christi», término éste de que tanto gustaba Erasmo, sino que es filosofía y teología a la vez, en síntesis y simbiosis admirable. Una ciencia en la que lo de Dios y del hombre se hacen oír sin que lo teológico anule lo filosófico ni, viceversa, pues se necesitan para hacer luz sobre la misma realidad, unidos sin confundirse, dentro de una cooperación armónica. En ésta, sin embargo, lo primero ha de ser lo de Dios y no lo del hombre, según el principio de que: *res dominantur a potiori*, y aquella ley que Santo Tomás llama de Encarnación, ajustada al movimiento de descenso de Dios hacia el hombre, y de ascenso del hombre hacia Dios. Ley que en la *Summa Teológica* formula el Doctor Angélico de la siguiente manera: «En el misterio de la Encarnación el movimiento de descenso de la plenitud divina a las profundidades de la naturaleza humana importa más que el movimiento de ascensión de la naturaleza humana hacia Dios» (III, 34,1 ad 1).

Por no entenderlo así, el comúnmente llamado humanismo cristiano suele quedar en cristiano-humanismo o cristianismo humanista. Le sucede lo que a cierta teología moderna, que en vez de ser, como debe ser, antropología teológica, se reduce a teología antropológica; lo del hombre la vence sobre lo de Dios,

(*) Speiro, S. A., Madrid, 1984.

y así no se resuelve el misterio del hombre, cuya clave y centro de reflexión no está en el hombre sino en Dios (humanismo teocéntrico, no antropológico); mejor aún, está en Cristo, en quien y por quien no sólo el cosmos sino también el «microcosmos», que es el hombre, recibe pleno sentido y adquiere plena conciencia de su origen, de su destino y de su dignidad.

Es lo que Juan Pablo II ha expuesto con sabiduría y autoridad suprema en la *Redemptor homini*, abogando por un nuevo humanismo cristiano, prioritaria y fundamentalmente teológico, mejor dicho cristológico. Y es también lo que el P. Rodríguez prueba, razona y demuestra, con una suficiencia teológica hoy poco en uso, en los tres primeros capítulos de su libro, dedicados al tema éste del humanismo cristiano, cuya luminosidad se proyecta luego sobre los restantes capítulos, que afrontan una temática tan varia como interesante, la que el autor desarrolla con acopio de erudición y gran densidad teológica. Así se demuestra que la teología, al decir de Santo Tomás (In I Sent., d. 22), «es la principal de todas las ciencias, y por eso encierra algo de todas». Pues sin una filosofía previa y autónoma, de suyo, antes de ser puesta al servicio de la teología, la teología no cumple debidamente como tal. Y si es cumplidamente tal es también filosóficamente suficiente para declarar lo que el hombre es, pues la revelación no excluye la razón, como la gracia no excluye la naturaleza, sino que la perfecciona y eleva; y es la fe la que reclama el auxilio de la razón para ilustrarse científicamente, *fides quaerens intellectum*. Concretamente, «el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio de Cristo», ha dicho el Vaticano II (GS, 22).

Léanse los capítulos dedicados al «sentido teológico de la existencia», las «dimensiones de la esperanza teológica», la «realización auténtica de la libertad», la «función mediadora de la conciencia», la «ortodoxia y ortopraxis contestataria», el «pecado colectivo», las «motivaciones del ateísmo», la «personalización de la cultura», las «raíces metafísicas del Derecho», la «concepción cristiana del Estado», humanismo cristiano del pensamiento de Santo Tomás, y se verá como lo que acabo de decir sobre la suficiencia humana de la teología tiene en el Padre V. Rodríguez un exponente cualificado. Y es que, al ser un gran teólogo, es también un gran filósofo, con teología de la mejor vena escolástica, que es aquella en la que los derechos de la razón no se sobreponen sino que se subordinan a los de la revelación, y ésta no leída como se quiera, sino como lo exige la teología en el contexto de la Tradición y con la garantía del Magisterio. Pues

no hay que olvidar que en teología no es el argumento de razón el que prevalece, sino el de autoridad, no humana sino divina. Libro, pues, actual y óptimo éste que acabamos de presentar.

B. MONSEGÚ, C. P.

**Salvador Abascal: LA REVOLUCION DE LA REFORMA
(GOMEZ FARIAS SANTA ANNA) (1833-1848) (*)**

En la interesante revisión que Abascal está haciendo de la historia de Méjico se ha ocupado ahora de quince años trágicos para la historia de su patria que conocieron el expolio, por parte de su poderoso vecino del norte, de inmensas extensiones territoriales y la entrada del ejército yanky en la capital mejicana.

Ya nos hemos referido a la persona de Abascal, incansable luchador por el Méjico tradicional y católico, lo que supone no poco riesgo, incluso físico, cuando nos ocupamos de su *Madero, dictador infortunado*. Nada añadiremos ahora. Pasamos, pues, directamente al contenido de su última obra deseando la continúe pronto, en sucesivos volúmenes, hasta completar la historia del Méjico independiente, tan necesaria a todos los que quieren conocer de verdad la trayectoria de aquella nación hermana.

Es preciso repetir lo que ya dijimos al referirnos a su volumen anterior. *La revolución de la Reforma* está escrita también desde la militancia católica. Es un libro de combate. Pero ello no desmerece de su valor histórico. Los datos y los documentos ahí están. Si alguien quiere darles otras interpretaciones es muy dueño de hacerlo. Nosotros compartimos íntegramente la de Abascal por parecernos sólida y fundada.

La historiografía liberal ha hecho de verdaderos traidores a su patria héroes de la revolución. Es, pues, necesario volverles a su verdadero puesto. No sólo porque ello responde a la verdad histórica, sino porque esos «héroes», ya desde los primeros tiempos de la independencia, son los hijos espúreos del Méjico católico y español: masones, liberales, anticatólicos y antimejicanos.

El paso de la monarquía española, bajo la cual Méjico vivió tres siglos de tranquilidad —y, digámoslo sin rodeos, también

(*) Editorial Tradición, México, 1983, 220 págs.